

aire, su altivo Señor siempre amado, la hierba—felpa sentía las sensaciones de la fiebre y se doblaba también como si ofreciera su blandura.

Cayeron poco á poco, tibiamente, besándose en un gotear de mieles, dándose mútua vida.

..... Ella no gritó

La hierba—felpa se mullía.

El roce era un frú-frú erizante de seda movida por manos acostumbradas á acariciar la finura.

Asomó la Luna.

Comulgaban los claveles con las azucenas.

Vino un aire de vida.....

..... Benarre respiró fuerte. Gracia le dió un concentrado beso.

¡Eran las santas ofrendas al goce, al vivir al comulgamiento de cuerpos que seguía á la unión de las almas.

Leocadio MARTÍN-RUIZ.



DEL MANICOMIO

MONÓLOGO

Ya me voy acostumbrando á esta vida.

Ya no me aburro.

Esta macabra luz que reflejan las paredes, barniza mi retina y sume mi ser todo en esa confusa semi-obscuridad de lo vago, que me convida á vivir del recuerdo; del recuerdo del ayer, del ayer grato, del ayer sublime... Pero no..., no la perdono... Fué ella la que me juraba su cariño. Fué su boca la que hacía repercutirse en mi mente la idea de lo eterno, fué ella la que me sonreía con aquellos ojazos negros, y fué ella la ingrata..... Pero que hermosa es... Cada vez que en mis desvios veo su imagen siento aquí, en el corazón, algo que se agita, que se mueve, que sube y que tropieza en mi cerebro produciendo una revolución en mi alma.....

...¡Pobre alma!... Tu que soñabas con sus cabellos de oro, tú que volabas por el ignoto ideal cantando su hermosura, que solo sería para tí... ¡Pobre alma!.. Aquí; oprimida, prensada, ya no puedes soñar por que tu sueño es ágrío, ya no puedes volar, porque tus alas, aquellas alas ágiles y ligeras, plagadas de luz, las troncharon al oprimirte...

Y que cuarto mas reducido..., que ventana mas pequeña... Debe haber luna... Ha, si... ¡Que grande es! me recuerda aquella que alumbraba el paseo una noche de verbena...

Estaba ella.

Me senté en un banco que dá frente á la ermita, y desde allí, solo... como estoy ahora, estuve admirando su incomparable hermosura.

Aquel día no hubo baile. El baile fué la noche qué... ¿Qué?... ¿Que pasó aquella noche?... ¿Es que no lo sé?...

Aquí debe haber algo de misterio..., misterio; cosas así estudiaba yo en el catecismo.

Misterio... eso es, misterio... pero yo trataré de explicármelo.

Solo el ruido sordo de mis pisadas perturbaba el silencio de aquella calle. En los balcones de su casa, cerrados, nada delataba un hálito de vida. Pasé... y en mi cerebro pulularon multitud de ideas, que dejando perfumada estola en sus evoluciones, embriagaban mis sentidos...